

CONTESTACION DE UN INTIMO DE MADERO
A LAS ACUSACIONES
DE UN CONSERVADOR EXTRANJERO.

Un caballero extranjero, residente en México, formula el siguiente cuestionario:

Primero.—¿Madero, al regresar a su país, se penetró del atraso en que se encontraba y de las causas del mal-estar público? ¿No pertenecía él mismo a la casta privilegiada? ¿Por qué se consideraba mala la persistencia del sistema español?

Respuesta.—Madero mismo declara en su libro "La Sucesión Presidencial" que pertenece a la clase favorecida, es decir a la clase criolla, pero su idea matriz fué precisamente modernizar los caducos sistemas de gobierno que paralizaban al país impidiendo su desarrollo.

Aterra pensar en lo que llegaría a ser México si el predominio criollo se prolongase aún. ¿En un siglo de hegemonía criolla, qué han hecho nuestros directores de la caudalosa herencia colonial? ¿La han administrado o la han conservado siquiera? No. Sabido es que a fuerza de apretar, han dejado que, como el azogue, aquella riqueza se les escape por los dedos. "Apretar:" tal ha sido todo el esfuerzo de los criollos. Tiranía y empobrecimiento todos los años. Hoy día, según datos del "World," el capital invertido en las minas asciende a 647 millones de pesos de los cuales 500 son yankis, 87 ingleses y sólo 29 mexicanos. El capital mexicano solo prepondera en la propiedad urbana, la propiedad rústica—casi inexplorada,—los espectáculos, el comercio pe

queño y las industrias de ínfima categoría, casi todas en manos de mestizos muy meritorios, pero jamás ayudados por el gobierno que dirigió siempre su protección a las grandes y pequeñas empresas de capital extranjero, con lo que se ha venido al triste resultado de que si México es rico, los mexicanos están en la miseria. Esto no es debido solamente a que se les ha hecho apáticos e indolentes por una educación deficiente, sino sobre todo a muchas otras causas que hubieran podido corregirse. Aparte del gran terrateniente, cuya inercia lo lleva a la ruina cada año, los comerciantes mestizos que se esfuerzan en afrontar la competencia española y los profesionistas y funcionarios, el "ciudadano" mexicano es un indio o un mestizo cuyo capital consiste en un poco de manta de ínfima clase, un sombrero de petate, un par de guaraches y un cobertor en los climas fríos. El ciudadano mexicano se muere en los trópicos de paludismo, de alcoholismo o de tisis y tiembla de frío en los climas fríos. En ninguna parte se alimenta. No hay en el mundo ciudadano mas mal nutrido que el ciudadano de esta rica República. Cedo la palabra a un anónimo observador que, entre otras verdades ya conocidas, dice las siguientes a propósito de la Revolución Mexicana:

"Contra ese feudalismo del siglo XX, que sólo en América latina subsiste y perdura, es contra lo que se levanta incontenible la población rural.

A destruir esa infame explotación del hombre por el hombre es a donde va esa avalancha de campesinos que todo lo arrasa, todo lo arrostra, todo lo supera, todo lo vence y marcha sin titubear en derechura a su objeto, sin desviar la vista del ideal supremo: la liberación económica, social y política de toda una raza, la heroica raza india de los trabajadores del campo.

La guerra no es contra la sociedad, eso es mentira; la guerra va contra el señor de la tierra, contra el hacendado soberbio y egoísta que no cultiva ni deja cultivar, que imbécilmente y sin fruto para nadie, tiene acaparadas las fuerzas vivas de la naturaleza; pues, el heredero del

conquistador o protegido del tirano, se ha hecho dueño de la arboleda y del trival, de la miel y del fruto, del agua y de la tierra, de la cascada y del torrente.

El pueblo comprende muy bien que la tierra es y debe ser del que sabe cultivarla; no del haragán ni del perezoso que abandona cobardemente sus propiedades. para ir a la capital, llena de placeres y de fiestas, a recibir el tributo del dinero y de sangre de sus vasallos, de sus feudatarios y de sus humildes siervos, que trabajan todo el día y todo el año, mientras el señor, muellemente reclinado en su automóvil, se dirige al banquete del "Jockey Club," a la función religiosa de la Profesa, o al espléndido convite mundano.

Hay que decirlo sin ambages; hemos vivido en una perpétua mentira, que los hechos se están encargando de sacar a plena luz.

Aquí en México, no ha existido jamás una nacionalidad, ni ha llegado a constituirse una verdadera patria. Ha existido, sí, la explotación de los muchos por los pocos, la continuación incesante de los males de la conquista, la superposición de dos razas, o si se quiere, de dos castas, que no se entienden, que no se ayudan, que no se aman, porque una es la víctima eterna y la otra el perpetuo verdugo.

¡Mentira que esto sea una nacionalidad! Faltan la afinidad de los sentimientos, la homogeneidad de la cultura, la unidad de la raza, la igualdad o la analogía de los intereses.

La gente de campo, que forma la mayoría, se siente esclava; la raza indígena, que es la antigua señora de la tierra, se considera despojada: el hacendado trata al jornalero como un sér inferior, y el jornalero odia al amo y maldice al administrador, y mata cuando puede al capataz, al administrador y al amo.

El labrador no ama la tierra porque sabe que no es suya, ni quizás ha de serlo nunca; el trabajador no ama la paz porque ésta le produce menos que la guerra; el hombre del campo, modesto jornalero, no ama la socie-

dad, ni la patria, ni la vida, porque no ve en ella sino fuentes de esclavitud y de dolor.

En Francia, en Bélgica, en Suiza, en Holanda, el cultivador es propietario; en la Italia del Norte, es aparcerero; en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos, tiene el recurso de abandonar el arado por el taller; sólo en México el jornalero sigue siendo como en la Edad Media, como en la antigüedad pagana, el esclavo al servicio del señor. En nuestras enormes e incultas haciendas, el peón es un animal de trabajo, el compañero del caballo y del buey, uno de tantos semovientes que se venden en la finca y pertenecen a la finca, de generación en generación. Mientras tanto el señor, el patrono, el amo opulento y egoísta, languidece de placer o de tedio en la populosa metrópoli o en la tranquila ciudad de provincia. ...

Es imposible negarlo. El hacendado es a la vez el parásito y el vampiro de nuestra sociedad, es el cáncer que corroe nuestra civilización, el obstáculo formidable para que México viva en paz, formando una nación fuerte y homogénea.

Porque en fin, si nuestros grandes propietarios devolviesen a la sociedad servicio por servicio; si fueran los jefes de grandes empresas industriales, los creadores de fecundos centros fabriles, si fuesen capaces de abrir túneles, de levantar grandes hornos, de erigir vastas manufacturas, de impulsar en algún sentido el progreso económico del país; si tuviesen al menos el talento de la burguesía francesa o la cultura y el espíritu filantrópico de las aristocracias anglo-sajonas; se podría pedir para ellos un poco de simpatía o de estimación; pero siendo los zánganos de la colmena nacional, los obstrutores natos del progreso, los legítimos representantes de la "mano muerta" que los reformadores del 57 quisieron destruir, hay que señalarlos de modo implacable y severo, como elementos morbosos del organismo social que no pueden subsistir sin ocasionar la putrefacción y el envenenamiento

Que lo tengan muy presente todos los ciudadanos;

pero especialmente la gente de orden y de trabajo que con justicia se quejan de la revolución: los causantes de ésta, son los hacendados, con su egotismo y con su codicia, con sus despojos y con sus atropellos que han durado siglos.

El hacendado: ¡hé ahí el enemigo!

"Le latifundisme: voilà l'ennemi!"

Segunda.—¿Es verdad que se le quiso asesinar en San Luis Potosí? ¿Don Porfirio lo creía inofensivo? ¿Lo creía peligroso? ¿En este caso, por qué no lo hizo asesinar?

Respuesta.—No se intentó asesinar a Madero en San Luis, pero sí en Sonora. El Coronel (hoy General) Medina Barrón recibió órdenes directas de México para que no sólo lo aprehendiera, sino que con cualquier pretexto le aplicara la ley fuga; pero la serenidad del Apóstol y la activa vigilancia de sus partidarios evitó el crimen, suspendiéndose un mitin en Cananea y burlando así a Barrón y sus esbirros. Cuando regresaba de su gira política de Chihuahua, sufrió un "accidente ferroviario." En Gómez Palacio, se le esperaba ansiosamente. La línea tenía expresas órdenes de "vía libre" para su tren especial. ¿Quién podrá creer que un Jefe de estación o Jefe de patio, permita que una máquina sola haga evoluciones en los patios de la Compañía y que el maquinista no se aperciba de que un tren camina en dirección contraria cuando la vía es una línea tirada a cordel en una extensión de más de cuatro kilómetros (inmediaciones de Gómez Palacio) y cómo precisamente ocurre el choque en la bifurcación del camino? Las máquinas se telescopiaron, quedó una encima de la otra, el maquinista y otro individuo murieron, hubo varios heridos y por lo que hace al maquinista de la locomotora de patio, jamás se le encontró "ni se supo quién había sido."

En la primera sección de estos apuntes se ha explicado por qué el General Díaz no lo encerró en un cala-

bozo según su estambre, cuando Madero comenzó su campaña política. Por el Norte de la República, fué objeto de persecuciones incesantes. En Sonora, en Chihuahua, en San Luis, en Coahuila, las autoridades provocaban su captura, pero su audacia, nacida del sacrificio que, desde el primer momento, había hecho de su vida y la misma protección del pueblo a algunas veces, lograron salvarlo hasta que las autoridades de Monterrey cometieron el enorme atentado del que ya se han dado detalles en este libro. El General Díaz, cansado y decrepito, cometió un grave error, en efecto, permitiendo que Madero hiciera su campaña política; pero no debe olvidarse que muchos tomaron al Apóstol por un farsante que estaba de acuerdo con el General Díaz. Madero supo escoger el momento y siempre, en todos los actos de su vida, supo ser oportuno y sacar partido de las circunstancias. Las declaraciones del dictador al periodista Creelman, fueron lanzadas a los cuatro vientos por la prensa americana, mexicana y también fueron comentadísimas por la prensa europea. El General Díaz, puede decirse, se suicidó con aquellas imprudentes declaraciones. Como se juzgaba omnipotente, quizá pretendió jugar como un gato con un ratón, seguro de tener siempre al ratón a su alcance.

Tercera.—¿Madero dió permiso a sus amigos de apedrear al General Reyes ahogando así brutalmente, hipócritamente, la propaganda tranquila de dicho General?

Respuesta.—No. Madero no autorizó jamás los actos violentos de sus partidarios en contra de Reyes ni de nadie. Probablemente se refiere Ud. al caso particular de la Fotografía Daguerre. La campaña política había asumido ese carácter violento de toda campaña política especialmente en países latino-americanos. El General Reyes era característicamente inoportuno e impulsivo. Muchos de sus amigos trataron de impedir que se presentase en manifestaciones públicas porque sabían que

su gestión en el gobierno de Nuevo León le había captado profundos odios. Había perseguido, vejado, encarcelado y asesinado a muchos ciudadanos. Infinidad de personas recordaban aquel 2 de Abril de 1903 en que tan inicua y cobardemente asesinó al pueblo de Monterrey que en pacífica manifestación vitoreaba a su candidato frente a las puertas del Palacio de Gobierno. Algunos políticos, después de barnizarlo, pretendieron que el pueblo lo aceptara como candidato independiente. Si bien es cierto que existió rencor entre sus partidarios y los de Corral, porque se disputaban el poder, no lo era menos que uno y otro eran hechura del General Díaz, "sus fieles servidores" y que Corral era menos peligroso que Reyes puesto que mientras el primero era un "pasivo," un "neutro," Reyes era arbitrario, abusador y vehemente. ¿Por qué los reyistas de Guadalajara apedrearon a los flamantes oradores corralistas? Si el pueblo hubiera encontrado a Corral en las mismas condiciones que a Reyes, aunque lo odiaba menos, seguramente no lo habría tratado mejor. Los sucesos de la Fotografía Daguerre no solo no fueron inspirados por Madero sino que en cuanto tuvo conocimiento de ellos, los condenó y es bien sabido que *personalmente* disolvió la manifestación y exhortó a las multitudes a que continuaran una campaña serena y pacífica. No obstante que en su libro y en sus discursos, Madero, que fué testigo presencial de la carnicería del 2 de Abril, atacó más a Reyes que a nadie, siempre demostró nobleza y lealtad en sus relaciones con este General; pero ni éste ni sus partidarios le perdonaron nunca su abnegación oportuna y fecunda.

Cuarta.—¿Por qué aceptó a Villa? ¿No conocía los antecedentes de este hombre?

Respuesta.—Una revolución popular no cuenta más que con este elemento: el pueblo. En México, solo una parte del pueblo actúa en las revoluciones con las armas en la mano: el indio o el mestizo, es decir, la parte más

oprimida y más infeliz del pueblo. Francisco Villa presentó a la Revolución de 1910 grandes servicios. Se presentó a Madero en San Andrés, Chihuahua, haciendo ante él profesión de fé y desprendiéndose de su dicho que era un acosado, una víctima de la iniquidad secular. Habiéndose cometido en él un crimen infame, clamó, reclamó, imploró justicia y como no pudo encontrarla, se la hizo con su propia mano. En el mismo caso que él, se presentaron muchos otros perfectamente comprobados también más tarde, pues esas injusticias se producen en México mucho más de lo que quizá usted se figura. La historia de Francisco Villa es clara: un perseguido que se revela porque tiene el corazón bien puesto. Condenado inicuaemente, acosado como fiera, se lanzó al monte y vivió como pudo. Mató en defensa propia. Fué el Robin Hood de Chihuahua y los de su clase se compadecieron de él, lo amaron y lo ayudaron a burlar a sus perseguidores. Madero lo aceptó como a un desheredado, lo distinguió y le dió grados porque comprendió que era un valiente, un hombre completo y un capitán de primer órden. Quizá hasta vió en él a un predestinado. De los triunfos obtenidos en Chihuahua por los insurgentes de 1910, buena parte se debieron a su talento y su arrojo.

Quinta.—¿Qué destino tuvieron los setecientos mil pesos que se entregaron a don Gustavo Madero?

Respuesta.—Don Gustavo A. Madero fué un gran calumniado. Fuerte, astuto, hombre de acción y de grande alma, se hizo temer por sus enemigos y por eso fué la primera víctima de la Traición. Se creyó que él manejaba los negocios públicos, pero la verdad es que su hermano el Presidente jamás siguió sus indicaciones; si las hubiera atendido, quizá el régimen maderista estuviera aún en el poder. Don Gustavo fué uno de los pilares de la Revolución y podemos decirlo claramente, sin él quizá hubiera muerto en su cuna. Proveyó de armas a los insurgentes y organizó juntas revolucionarias en los Estados Unidos, Movié la prensa, convenció a los

incrédulos, alentó a los indecisos, dió valor a los timoratos; en una palabra, fué el alma de la primera etapa del movimiento revolucionario; pero cuando agotó sus elementos personales, cuando le fué imposible tener dinero en México, puesto que todas las casas de crédito le cerraron las puertas; cuando sus esfuerzos para conseguir un empréstito en el extranjero fracasaron, ¿qué hacer? ¿Dejar que el movimiento pereciese cuando comenzaba a tomar incremento? Recurrió a varios compatriotas residentes en los Estados Unidos y empeñó no solo su propio crédito sino también el de su padre, dando ambos garantías satisfactorias. Además, de sus propios recursos, su padre, don Francisco, proporcionó fuertes cantidades procedentes de obligaciones y valores que las autoridades porfiristas le impidieron negociar en México y que le fueron enviadas a Nueva York. De esta manera se salvó el movimiento libertador y muy justo era que al llegar la Revolución al poder, se reembolsara a don Gustavo lo que él debía a sus amigos. Es de advertirse que no fueron \$ 700,000 sino alrededor de 640,000, suma que, como se comprenderá sin mucho trabajo, era insignificante para impulsar un movimiento como el de 1910.

Sexta.—Se dice que con Zapata tuvo compromisos inconfesables. Si Madero sostenía a éste, ¿por qué hacerlo perseguir por sus soldados? Y si no lo sostenía, ¿por qué dejarlo escapar cuando lo tuvo cogido?

Respuesta.—Muy largo de contar sería el origen de la cuestión Zapata. Se recordará que cuando Madero fué a Morelos, logró que Zapata y su capitanes licenciaran sus fuerzas y se retiraran a sus hogares (1.) El Lic. Robles Domínguez llevó a cabo tal licenciamento. Una de las principales cláusulas del arreglo era que las fuer-

(1) Este hecho innegable, histórico, prueba la buena fé de Zapata y la eterna perfidia de los enemigos del pueblo. La responsabilidad de la terrible guerra de Morelos, la sangre inutilmente derramada a torrentes y la ruina de las haciendas debe imputarse a un solo culpable: de la Barra.